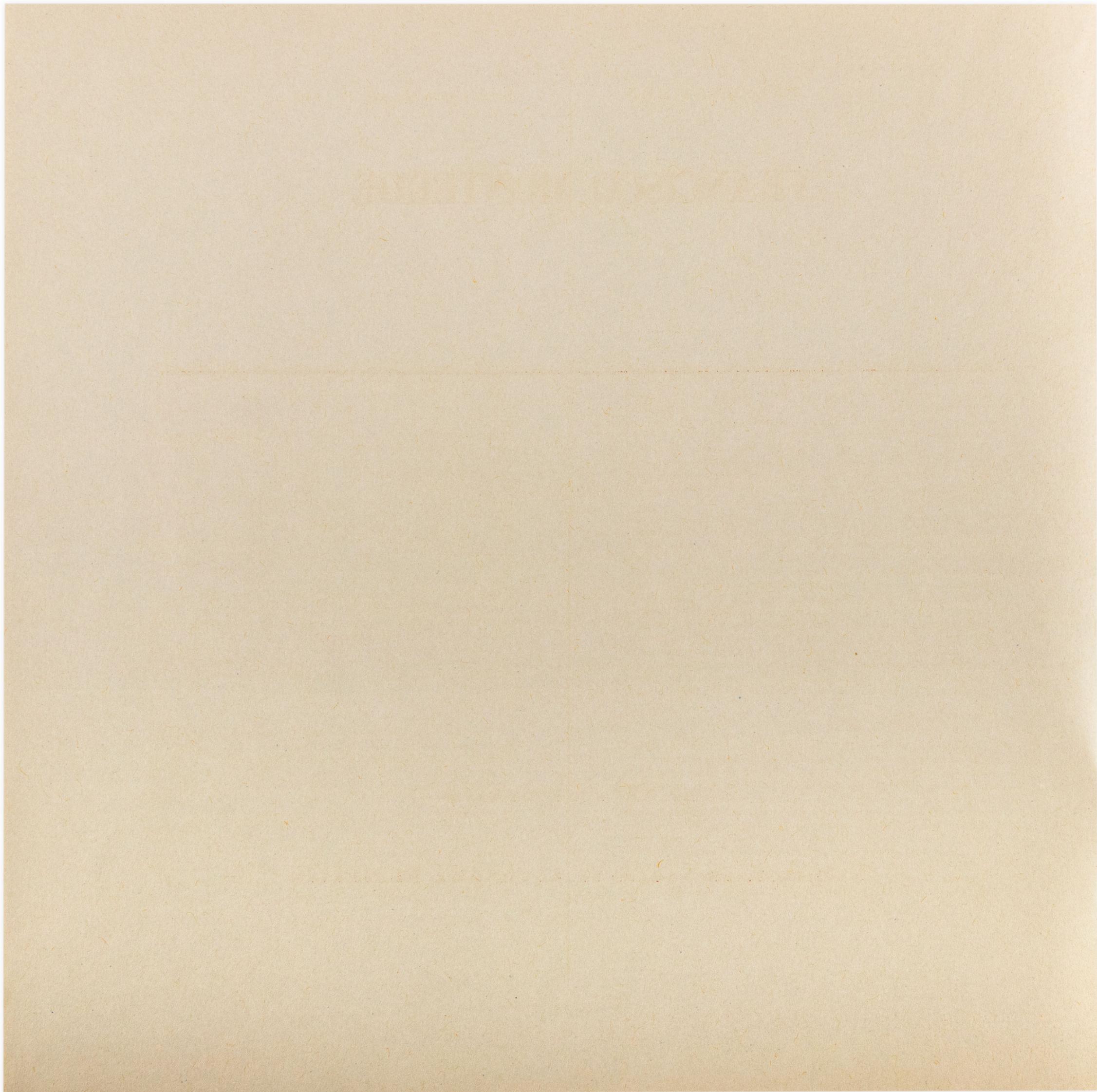


FRANCISCO MONTERDE

VOZ VIVA DE MEXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO



PRESENTACIÓN

Más que de las prensas hidráulicas, este disco sale de los troqueles del lenguaje y nos da en sus dos caras de prosa cincelada el retrato de don Francisco Monterde, artista por un lado y maestro por el otro. Maestro y artista siempre. Desde la primera juventud, es un raro ejemplo de constancia y amor en el ejercicio y la enseñanza de las letras. Imposible abarcarlo en dos caras. Su espíritu sólo cabría en una esfera tallada con mil variantes. Buen polígrafo, don Francisco es polifacético y hay que buscar sus tornasoles de poeta, dramaturgo, novelista, crítico, historiador, erudito y cuentista a lo largo de una bibliografía que registra centenares de fichas: riqueza muy pocas veces alcanzada entre nosotros.

Adrede o por mera casualidad, inspiración o raciocinio, cara y cruz, águila y sol, este disco nos da en voz viva los antecedentes y el resultado de un alma nacida a la luz de dos grandes culturas. Alma mexicana resuelve aquí dualidad sin conflicto: por un lado, las cuatro vestiduras de Moctezuma, labradas con el esmero de la plumaria donde los pájaros siguen volando, cernidos en las irisaciones verbales. (Desde el penacho de Viena, el sol del México antiguo brilla en ocaso inextinguible.) Por otro lado, está la pluma de Cervantes, digna entre todas. Castizo, don Francisco lo sabe. Pero moja su pluma en tinta mestiza, en sangre jaspeada por matices universales. Literato cordial, desde los vasos más íntimos de su estilo puede desandarse el camino que nos lleva hasta el corazón central del hombre. Somos mestizos. Dejemos hablar de pureza de sangre a los impuros de estilo. Hablemos de dignidad.

La dignidad de don Quijote

¿Ponerse a escribir sobre Cervantes? ¡Pero si todo está dicho! ¿Se ha dicho todo sobre el amor? Sí, pero no sobre mi amor, no sobre mi don Quijote. Y en vez de agregar un grano de arena a la montaña de erudición que apilan los cervantistas para calzar otra nota al pie de una página, don Francisco emprende la relectura y compone su breve tratado, su lección de humanidad a partir del loco que encabeza el reparto de la literatura española. Cuerdo, noble y bueno como el Caballero del Verde Gabán, Monterde acuerda la andadura de su prosa al pensamiento de Cervantes y acompaña a don Quijote charlando por el camino en una lúcida jornada de venta a venta: "Si la dignidad, en *Don Quijote*, se desprende espontánea de cualidades positivas, como suma de todas ellas —don

por Juan José Arreola

Quijote es el héroe digno por excelencia: hay dignidad hasta en la locura, a pesar de que ésta confina con lo grotesco—, no es menor la dignidad de Cervantes, cuando traza su obra. Ésta, en cuanto a las aventuras lamentables, los fracasos repetidos, sugiere más allá de la creación literaria la proyección dramática de una vida, que pudiera ser la del propio escritor, implacablemente golpeado por el destino." ¿Por qué no? Tan loco el uno como el otro: "Cervantes quiso vivir, extemporáneamente, la gran aventura del soldado español." ¿Y por qué Cervantes y no toda España? Tan locos el uno como la otra: Cervantes designa a don Quijote "honor y espejo de la nación española". Nada menos. Y Monterde concluye y cierra el círculo de la locura: "El mundo hispánico es y será siempre un Quijote." Luego cita a Bolívar, desencantado y moribundo, razonante y despierto como el manchego a la hora del testamento. Cabría también recordar a Lorca en vísperas de su fusilamiento: "España entierra y pisa su corazón antiguo / su herido corazón de península andante..."

Don Diego de Miranda, cuerdo, noble y bueno, comprende al soñador anacrónico, acuerda su razón a las sinrazones de ese Padre del Desierto que anda perdido en la novela de aventuras y lo convida en su casa y lo sienta a la mesa.

El que quiera ser sabio ahora y conforme a las leyes de este mundo, que se haga pasar por loco. Algo así dice Pablo de Tarso en el capítulo tercero de su primera Epístola a los Corintios.

El último Señor

"Pretendió seguir las huellas de un dios: mas sólo era un hombre débil, y no pudo eruirse contra el destino." Como un héroe de tragedia griega, Moctezuma Xocoyotzin (el pequeño), nació bajo un signo fatal. Los augurios celestes (un pájaro anómalo con un espejo en la cabeza donde se reflejaba la desdicha y un cometa nefasto), señalaron el fin de la grandeza mexicana, en la persona de este hombre melancólico, sensual y desganado.

Nadie pudo entender al último señor del Anáhuac. Nadie pudo apartar de su nombre la ignominia, hasta que don Francisco Monterde, apoyado en la historia y en la ficción poética, halló la clave angustiosa de esta alma ínfima y egregia, para dárnosla en dos libros de dolorosa belleza: *Moctezuma el de la silla de oro* y *Moctezuma II Señor del Anáhuac*.

Entresacados de sus páginas, este disco registra cinco poemas: las cuatro vestiduras y un fragmento del Epílogo. Pocas veces ha alcanzado la prosa literaria de México tan lacónica belleza. Nunca, creo, tan expresivo rigor. Al leerlas, al oírlas, estas frases con dardo de obsidiana aguda y timón de plumas temblorosas, nos hieren con certero golpe de flechas. Templada la cuerda hasta el límite extremo de su resistencia (el arco es la más primitiva y esencial de las arpas), todas las saetas verbales dan en el blanco, disparadas por una sintaxis infalible: "Con vuelo oblicuo remonta de la quietud del lago una garza gris: las patas, juntas, prolongan la línea del pico levantado." En esta primera vestidura, Moctezuma, príncipe ocioso, ejercita con cerbatana la caza de volatería: "Roto su vuelo oblicuo, la garza cae verticalmente: jirón triangular desgarrado de una nube." Queriéndolo o sin saberlo, Monterde nos da aquí una imagen poética de suicida: Moctezuma, dirigiendo atinado el gránulo de piedra hacia el pájaro lacustre, dispara en realidad hacia su propio corazón.

Moctezuma se baña en la alberca de Chapultepec, asistido por núbiles doncellas, "torcaces bajo su mirada de gavilán". Es la segunda vestidura. El erotismo de la escena a campo abierto y desnudo, se envuelve delicadamente en el ropaje aéreo de las frases. Con suprema delicadeza de paisajista, Monterde dispone y ordena árboles y nubes. Sobre el espejo de la alberca, el rito erótico se cumple, aludido y reflejado en las ondas vírgenes: "Elástico pez dorado, Moctezuma rompe la quietud de las aguas. Con vigoroso bracear conmueve las ondas; desciende hasta el fondo de la alberca..." El acto amoroso se cumple en los limbos del sueño, transfigurado en limpias imágenes oníricas.

El banquete. En su tercera vestidura, Moctezuma va eligiendo desdeñoso los manjares humeantes y aromáticos que una teoría de mancebos pasea ante sus ojos, mientras enanos y corcovados regalan su vista y sus oídos con piruetas y galas de ingenio. Son las últimas horas de la suntuosa decadencia. Antes de la caída vertiginosa, Moctezuma condesciende de su grandeza para ofrecer a los bufones lisiados, en copas de oro, el deleite olfativo del cacao. "Después, vuelve a humedecer sus dedos, y a enjugarlos en telas perfumadas."

"Moctezuma, para adormecer su hastío, aspira con indolencia el humo del tabaco, por un largo tubo, y lo deja salir, lentamente, mientras los cantos suben de tono y decrecen para ascender de nuevo."

Así recibe el último señor de Anáhuac el mensaje definitivo. La profecía de Quetzalcóatl se cumple, y el lucero de la tarde se apaga en las sombras. Hombres barbados amenazan la costa desde sus embarcaciones silenciosas. Ya no hay nada que hacer. Moctezuma rinde el espíritu y no empuña las armas. Sabe que todo es inútil: la resistencia sólo llenará de sangre una derrota anunciada desde la infancia. En vano lo pusieron sus padres bajo la tutela del grande Ilhuicamina. Pronto el pueblo reconoció su pequeñez, nombrándole Xocoyotzin. Elegante, dadivoso y cobarde, Moctezuma se apresta a capitular. Pero sus condiciones van siendo rechazadas una a una. Pone fin a su vida la estocada de un soldado precario.

"Sobre el palacio, en el cielo nocturno, un cometa augural tiende su cauda."

Con mano maestra, don Francisco Monterde conduce el final de esta melancólica epopeya. El mayordomo Apanécatl, caronte fiel, deposita el cuerpo de Moctezuma en una estrecha canoa y empre-

de la travesía de la laguna, desde el ocaso a la madrugada. Es la barca de los muertos que guía el sol poniente de los mitos remotos, el sol hierofante y psicopompo. En sus labios cerrados para siempre, el emperador lleva un óbolo de jade.

Luego vino el rito de la incineración misérrima: "Toda esa noche ardió en la pira el cuerpo de Moctezuma —rama enjuta que se torcía, como si aún sufriese al arder: rama cimera de un árbol altivo que los dioses derribaron con una serpiente de fuego—; toda la noche estuvo crepitando la hoguera."

La brisa de la mañana en ascensión aventó con dedos ligeros las cenizas de Moctezuma al espacio celeste. Pero en el rescoldo, brasas tenaces preludivan el heroísmo de Cuauhtémoc y Cuicláhuac.

"Quetzalcóatl, heraldo del sol que siempre retorna, ha de prevalecer, como la esperanza —renovada constantemente—, de la tierra al salir de las sombras."

Cuaderno de estampas

Hereditario de dos grandes culturas, don Francisco Monterde escribe sobre Moctezuma y Cervantes. A título de gentilhomme, es uno de los fundadores de la literatura colonialista de este siglo, y su *Cuaderno de estampas* contiene pasajes de nuestra prosa mejor, como *El venado* y *De un hidalgo*. En el primero, una estampa de cacería nos lleva al bosque de las antiguas leyendas. Pero no al de Genoveva de Brabante. En Chapultepec, la pieza venatoria por excelencia escapa al señor Virrey como una desaparición fantasmal. Y en su lugar, el cazador ve grabado en la peña el rostro de un príncipe indígena, mientras campanas matinales llaman a misa desde las ruinas de un templo prehispánico. En contra de otros embelesados —barrocos perdidos, nostálgicos cortesanos—, don Francisco ve en la Colonia lo que debe verse y rescata en ella lo que debe ser rescatado: no la gala de gola y pavana, sino el espíritu que después de sumar y asimilar cunde y se revela. Nace y se rebela.

De un hidalgo, sólo cabe decir una cosa: obra maestra de la orfebrería mexicana.

Inútil sería el propósito de resumir aquí la vida y la obra de don Francisco Monterde. Después de cumplir sus bodas de oro como artista y maestro, es uno de nuestros escritores más jóvenes. Preside la literatura, desde la Academia Mexicana, pero lejos de convertirse en un dómine, camina hombro con hombro junto a los autores noveles y los alienta y los anima sin alarmarse con sus más extremas aventuras. Joven de espíritu, está al día y todo lo comprende. Joven de cuerpo, gana las carreras de velocidad a sus nietos. Y nadie es capaz de alcanzarlo cuando circula a pie por las atestadas calles de México.

Cuando estoy cerca de él, tengo como nunca la impresión de lo que es un maestro. Como releo el *Quijote* de memoria, mantengo viva esta duda: el Caballero del Verde Gabán ¿se llama don Diego de Miranda o don Francisco de Monterde? No he conocido mejor hidalgo y caballero. Tengo para mí que don Francisco es un diamante. Pero como tiene conciencia de sí mismo, siempre modera su esplendor.

NOTA: Para establecer la bibliografía que aparece en la cubierta de este disco, resumimos la ficha correspondiente que figura en Aurora Ocampo: *Literatura mexicana contemporánea*. México, 1965.

TEXTOS

CARA I
Duración 24'40" LA DIGNIDAD DE DON QUIJOTE

Puesto que la inmersión en la marea de la Contrarreforma era inevitable, se intentó salir de ella libre de prejuicios: cualquier extremo deformador limitaría la amplitud del horizonte humano que se extendió ante la comprensiva mirada de Cervantes, a quien nadie puede suponer ahora un escritor apenas enterado, que acierta de pronto, de manera inexplicable. Tampoco es posible ver en él, solamente, a un curioso entregado a la pasiva tarea de acarreo y traslado del material que venía de Italia.

Meditativo, en el reposo muscular, después de la acción vital intensa, tenía preocupaciones comunes a los espíritus alertas de aquel tiempo, en el cual se vivía —en España, en Europa— como en lo alto de una gallarda torre, dominadora de la cultura occidental: una torre erguida entre vientos contrarios, que vibraba como fina antena, y que a ratos crujía en sus cimientos, amenazada por el inminente desplome.

Ascendamos un momento al mirador de Cervantes, para asomarnos juntos —placer de la relectura, que aviva recuerdos y está rebosante de sorpresas— al espectáculo que brinda: la planicie por donde avanza un hidalgo en débil cabalgadura, seguido de cerca por un hombre del pueblo, que va sobre un asno... Procuremos seguir con sencillez las huellas —imborrables— que dejaron sobre esa llanura, al salir de "un lugar de la Mancha".

Cervantes quiso vivir, extemporáneamente, la gran aventura del soldado español. Fue militar, cuando se habían cerrado los horizontes a toda conquista —limitado lo nuevo, para las vastas ambiciones, a unas islas y parte de un continente. Aún alcanzó la plenitud de una victoria: la de don Juan de Austria, en Lepanto, donde recibió tan honrosas heridas. Sufrió cautiverio y miseria; torturas materiales y espirituales. Experiencias, más crueles en la paz que en la guerra, forjaron el temple de su espíritu: pasó —lo mismo que el acero— por las pruebas sucesivas del fuego y del agua.

Como escritor, ignorado por muchos, blanco de las burlas de otros, podía justificar a quien se refugia en sus propios sueños para huir de la agresividad circundante. Su héroe lo iguala en sobria existencia y lee ávidamente libros, como él leyó cuanto caía en sus manos, después de observar, atento, lo que le rodeaba.

La sabiduría popular destila gota a gota, para el escritor, las sentencias. El las acogerá en su libro, en el que depura la expre-

Francisco Monterde

sión, y con firme agudeza crítica elige personajes, hechos, costumbres, para hacerlos más expresivos.

Ante el autor de *La Galatea* y de las *Novelas ejemplares*, se abre poco a poco, tentadora, la perspectiva del gran libro, de la amplia novela; pero titubea entre las fábulas pastoriles y las aventuras de caballeros andantes, a la italiana, que el público entonces prefirió. Su realismo rehúsa, como la picaresca, lo convencional de esos géneros; comprende que podrá superarlos, si pone de relieve la inconsistencia de los libros de caballerías: él denunciará lo que en aquéllos hay de absurdo.

Hallado el camino, va por él más lejos, hasta los confines del ideal: su héroe —menos absurdo, a pesar de la supuesta locura— será un paladín de la justicia, no sólo de la abstracta, y un enamorado platónico: el más casto de los enamorados, puesto que su amada permanecerá invisible. Será, en fin, el más digno de los caballeros andantes, reflejo de la tardía aspiración de quienes pretenden aún vivir en el pasado, aferrándose a las ideas de aquel tiempo en que hubieran querido venir al mundo. En eso consistirá la locura del hidalgo ingenioso, convertido en caballero andante.

Allá va el personaje, con sus anacrónicos arreos, por los caminos de España. Como es un hidalgo pobre, que para vivir tiene que apoyarse en el pueblo, no estará solo; tendrá un criado que no únicamente vaya con él; que lo acompañe, departa con su amo, procure orientarlo y cuide siempre de hallar comida para los dos, atento a la realidad de todos los días. Será éste un hombre llano que tenga el buen sentido propio de quien vive en contacto con la naturaleza. Si el idealista sólo es un esqueleto y piel amarillenta, su egoísta criado abunda en grasa y carne sensible a los azotes.

La silueta del escudero se va dibujando lentamente; lo revela su alias, incierto al principio: ¿llamará Zancas a Sancho Panza? Pero la forma humana se precisa antes que el estilo personal del rústico, pues los refranes brotan primeramente de labios de don Quijote, a pesar de que él diga, cuando aún alaba lo que más tarde reprobará en Sancho, que para él es difícil aprovechar debidamente la sabiduría empírica del refranero. La sal y la discreción del escudero vendrán mucho después, como un reflejo del espíritu de su amo.

Para dar perspectiva a las figuras, para dejar entre ellas y el lector un espacio que les permita moverse con libertad, el escritor

adopta, apenas iniciado el libro, la posición del cronista que interpreta el texto de otro. Supuesta fuente en idioma extraño será Cide Hamete Benengeli, a quien por su origen arábigo pueden atribuírsele exageraciones, embustes y deformaciones. El aparato novelesco así montado, se pone en marcha sin peligro de que un escollo lo desvíe de la ruta.

Su propósito inicial —que Cervantes señala desde el prólogo, entre ironías contra la afectada erudición— es la sátira contra lo falso: contra el nauseabundo bálsamo de Fierabrás, el curativo romero; mas no será esa la mira única: hay otras, como la deficiente justicia que se enfoca desde diversos puntos: desde tierras de infieles, desde el pasado mítico, la Edad de Oro.

Del Renacimiento proceden —rica herencia— varias sugerencias, como esa oposición entre lo vulgar y lo culto, guía de las rectificaciones hechas a los “voquibles” del escudero, la cual no está en pugna con las preferencias por lo popular que representa este último personaje.

El poeta lírico intercala poesías, como lo había hecho en la novela pastoril: canciones, sonetos, ovillejos; el dramático echa mano de recursos teatrales —disfraz femenino, en hombres, y masculino, en mujeres—; el autor de novelas cortas desliza cuentos en los cuales hay amores que a veces tienen desenlace dramático y no siempre se relacionan con las aventuras del protagonista.

Todos esos elementos —heterogéneos, dispares— dan mayor variedad a la obra, y al suprimir la monotonía del tema único hacen de ella un mundo cambiante. Por eso se introduce, entre otros, el relato de *El curioso impertinente*, leído en tanto que don Quijote reposa.

En las aventuras de éste, se percibe una constante disparidad entre la magnitud de los propósitos, desmesurados siempre, y los resultados obtenidos con yangüeses, galeotes, incomprensivos cabreros. El estilo va, equilibradamente, de lo sencillo a lo artificioso; el mayor placer está en la narración, el coloquio, la plática. Más bien que la aventura —llega a pensarse—, lo que importa es el preludio, la preparación de aquélla, y después, el comentario: los razonamientos, a veces con generalización ejemplar, que siguen a cada episodio. Todo breve, medido: “Ninguno es gustoso si es largo” —se advierte, como norma.

El interés de lo que Cervantes refiere, describe o comenta, acapara la atención de tal modo, que a veces la carencia de llamadas y notas, indispensables en determinadas páginas, en un minucioso erudito como Rodríguez Marín, sugiere que él mismo quedó, al leerlas y releerlas, suspenso del relato.

La facundia de don Quijote, su pródiga imaginación, contagian finalmente al escudero, que cae en la trampa de ensueños de su amo. Uno y otro son como niños que juegan y creen lo inventado por ellos; así, en la olvidada misiva a Dulcinea; en la batalla en que el vino corre como sangre, en las finales aventuras.

El proceso de la evolución psicológica de ambos personajes, revela el vigor y la verdad que Cervantes puso en su creación: don Quijote, puramente idealista —desligado de la realidad; tan leve, por sus vigiliias, sus sueños y su régimen frugal, que parece que la levitación lo alzaría, como a un santo, sin Rocinante, y podría flotar en el aire, lejos de la tierra, si no lo impidiese el hierro que le da gravedad corpórea—, acaba por entrar en razón, toma contacto con el suelo, porque tira de él un lastre: Sancho. Si aquél es el ala que se eleva, éste es la zarpa que se afirma; pero el vuelo continúa, porque el escudero, al adquirir discreción y soltura expresiva, ascenderá paulatinamente: fenómeno de ósmosis espiritual, e intercambio entre caracteres opuestos, que tiene, como se verá después, raíces muy hondas.

De los múltiples caminos que cruzan ese panorama ilimitado que es la obra maestra de Cervantes, uno solo pretende aquí seguirse, por la necesidad de ceñir las presentes líneas al tema elegido.

Mas el tema que se escogió: “La dignidad en *Don Quijote*”, no es propiamente un camino; es más bien una encrucijada, ya que no se ha de referir sólo a la dignidad del personaje, sino también a la dignidad de su creador, en su persona y los procedimientos que empleó al darle vida, al animarlo y meterlo en trabajos y aventuras. Quienes las presencian, indecisos, no saben de cuál lado inclinarse, para decidir si es don Quijote más loco que valiente, o más valiente que loco, al acometer empresas descabelladas. Ya Vosler señaló el singular acierto de esa combinación de valor y locura —tranquila y constante, no furiosa y repentina como en Orlando— que hace del caballero un personaje sin precedente en la literatura universal y da al libro su originalidad indiscutible.

El valor, sin locura, llena de lances heroicos la poesía española épica y dramática: ya los contaban en versos de juglar, y los cuentan aún, las sonoras octavas reales de Ercilla. Corre el valor, caudaloso, por la epopeya y desemboca en el drama; sería difícil decidir cuál es menos valiente, entre los héroes hispanos. Cervantes mismo se supera, al exaltar el valor con que salta a la muerte, en vez de rendirse, el último de los defensores de Numancia.

Tenemos que descender del mirador de Cervantes, sin que hayamos terminado de explorar el panorama: vasta visión circular, inabarcable en una sola visita.

Al llegar a este punto en que es preciso despedirnos, por ahora, de don Quijote, digno héroe cuya luz de inmortalidad alumbra al escritor que lo creó dignamente, debemos anotar unas cuantas observaciones finales, que la relectura ha sugerido.

Desde el punto de vista literario, hay que elogiar al novelista, insuperable en profundidad y amplitud: Cervantes, que se asomó a otros géneros, encuentra el cauce, amplio y hondo, adecuado para sus propósitos, en la novela de aventuras: novela de acción y comentario, a la vez. Su obra maestra culmina en la segunda parte —aquella que suele interesar, de preferencia, a lectores más exigentes—, en la cual don Quijote es un personaje que vive y se siente vivir, como un hombre, por ese desdoblamiento que le permite hacer la crítica de su falsa historia.

Desde otro punto de vista se pudieran señalar en *Don Quijote* sus conexiones con la filosofía no sólo neoplatónica, y las frecuentes reminiscencias de los estoicos: Cervantes vivió estoicamente, bajo el influjo moral de Séneca.

El artificio por medio del cual el pensador expresa su angustia, en un momento en que, como ahora, parecían cerrarse a la esperanza las puertas del futuro, consistió en pasear una silueta arrancada del medievo, su anacrónico caballero andante, por un mundo posrenaciente: la España de su tiempo. De ese modo, el dolor se resolvería en burla.

La lección que su héroe parece darnos, es ésta: las virtudes que producen, reunidas, la dignidad, en *Don Quijote* —valor, lealtad, amor a la justicia—, eran ya inútiles, carecían de aplicación, en aquellos principios del siglo XVII, y quien las poseía, solamente podía malgastarlas derrochándolas en episodios absurdos, como un loco.

En otras palabras: Cervantes, militar digno, comprendió que la carrera de las armas, seguida por vocación, había quedado cerrada, para él, con las cicatrices de las heridas que recibió al combatir: España ha terminado, en el siglo anterior, la conquista de tierras lejanas; pero existe, para él y para los locos soñadores, un campo más extenso que la llanura manchega: es el momento —ya

no la Edad de Oro sino el Siglo de Oro— de conquistar el mundo del espíritu por medio de las letras. Y esa conquista la hará *Don Quijote*.

CARA II MOCTEZUMA EL DE LA SILLA DE ORO
Duración 20'20"

LA PRIMERA VESTIDURA

Tornasol de plumas finas, pone un estremecimiento luminoso en el regio atavío: brilla, cubierto de joyas, como la serpiente del mito sagrado. Cuatro hombros firmes, lisas ánforas morenas, soportan las andas —oro, esmaltado de labores rojas—, y Moctezuma avanza mecido por lentos pasos.

Le precede, pausado, el cortejo: túnicas de vivos colores y capas flotantes. De trecho en trecho toca Moctezuma, con el bastón, la espalda del primero de sus servidores, y los cuatro —cariátides austeras— se inmovilizan.

Con vuelo oblicuo remonta de la quietud del lago una garza gris: las patas, juntas, prolongan la línea del pico levantado.

De manos de un noble, recibe Moctezuma la cerbatana, decorada con figuras de aves, que tiene la longitud de una lanza. Toma rápidamente el pulido proyectil de barro, mientras los ojos buscan el cuerpo de la garza, más allá de la esmeralda que sirve de mira. Los labios se aproximan a la embocadura de la cerbatana, y se eleva el pecho, tornasolado con las plumas finas...

Roto su vuelo oblicuo, la garza cae verticalmente: jirón triangular desgarrado de una nube.

LA SEGUNDA VESTIDURA

El cielo se duplica en el espejo de la alberca.

En doble fila, gráciles, avanzan las doncellas, bajo las ramas de los ahuehuetes. Senos erguidos, caderas ondulantes, la doble fila de doncellas desciende hacia la alberca tendida al pie del cerro de Chapultepec, en el regazo del bosque.

Cercanas a los juncos de la orilla, las doncellas circundan la alberca y se asoman al dormido espejo del cielo. Cuando llega Moctezuma, las doncellas vuelven el rostro y siguen, al doblarse, la flexible curva de los juncos ribereños. Primogénitos de nobles lo despojan de su vestidura tornasolada, y aparece un instante desnudo —estatua de bronce nuevo— al borde de la alberca.

Elástico pez dorado, Moctezuma rompe la quietud de las aguas. Con vigoroso bracear conmueve las ondas; desciende hasta el fondo de la alberca, donde el agua, al brotar, juega incansable, y toma entre sus dedos un puñado de menudas piedras blancas.

Surge otra vez el busto de bronce a la caricia del sol, y el dorso se desprende de las aguas. Tímidas manos enjugan el cuerpo de Moctezuma, y dos de las doncellas —torcaces bajo su mirada de gavilán— le ofrecen en los brazos morenos el ropaje, suntuosamente bordado, que desciende en sobrios pliegues.

La diestra de Moctezuma, entre brillo de joyas, acaricia el rostro de una de las doncellas.

LA TERCERA VESTIDURA

Desfilan por los corredores del palacio los mancebos que llevan los manjares. Son más numerosos que los días del año y cada uno lleva un manjar diferente.

En la loza que sólo servirá para este festín, humean las viandas fragantes. Mantiene su calor un brasero oculto. En el ambiente se mezclan gratos olores de las hierbas aromáticas que sazonan la carne de animales de la tierra; de pescados traídos el mismo día del mar lejano, y de frutos del trópico, espléndidos, coronados de hojas.

Moctezuma, cuyo vestido tejieron pacientemente las damas que hacen vida monástica cerca del templo mayor de la ciudad, está sentado sobre un cojín de suave piel, en la cabecera del salón. De cuando en cuando interrumpe el desfile de mancebos y con leve ademán señala el manjar elegido. Atrás de él se sientan cinco nobles ancianos, con quienes comparte los manjares, y ocupan el vasto salón aquellos señores que se hallan de paso en la corte mexicana.

Antes de comer, ha humedecido Moctezuma sus dedos en agua perfumada. Mientras come, oculto a las miradas de todos, sobre una estera tendida frente a él, saltan enanos y corcovados que dicen bromas, para que sonría.

Moctezuma sonríe, cuando le placen las bromas, y ofrece a los corcovados y los enanos olorosa bebida de cacao, en copas de oro. Después, vuelve a humedecer sus dedos, y a enjuagarlos en telas perfumadas.

LA CUARTA VESTIDURA

Sobre el patio del palacio, extiende un toldo negro la noche. Arden en los muros maderas resinosas, y los tambores de madera labrada resuenan con sonidos acompasados. La luz hace brillar la silla de oro de Moctezuma y la espléndida túnica roja que le da el aspecto de una deidad altiva.

Danzarines ricamente engalanados, saltan en el centro del patio y agitan, al bailar, pulseras y pendientes. Grandes abanicos de pluma, siguen la cadencia.

Entonan cantos que empiezan con velada voz, ascienden como por el declive de una pirámide y se cortan de pronto, con un breve grito, para empezar de nuevo.

De rodillas en el pavimento pulido, una adolescente coloca sobre las brasas —joyas vivas— hojas de tabaco seco, de las cuales se escapa en trémulas espirales el humo fragante.

Moctezuma, para adormecer su hastío, aspira con indolencia el humo del tabaco, por un largo tubo, y lo deja salir, lentamente, mientras los cantos suben de tono y decrecen para ascender de nuevo.

Ha llegado al palacio un mensajero: sus pies, descalzos, se arrastran bajo el manto humilde. Tres veces se inclina ante Moctezuma y lo saluda tres veces.

Sin atreverse a alzar los ojos, profundamente inclinado, le entrega una tela de algodón en la cual hay dibujos trazados con líneas oscuras, y un collar de transparentes cuentas.

Moctezuma, indolente, mantiene la tela extendida entre sus manos, para contemplar el dibujo de líneas firmes.

Son figuras de gente barbada; de extrañas, monstruosas bestias; de metálicas bocas que vomitan llamas y truenos, y de navíos de gran tamaño: mucho mayores que aquel en que Moctezuma va, por los lagos, de un santuario a otro.

El mensaje dice que esos hombres barbados vinieron por el mar, en grandes casas, y llegaron ese mismo día a la costa, por el lado donde el sol nace.

Tiemblan levemente las manos de Moctezuma: ha comprendido que la profecía de Quetzalcóatl va a cumplirse; que acabarán su poder y su vida, con la llegada de los dioses blancos.

De sus dedos resbala el collar de transparentes cuentas, que se convierten en polvo, al chocar contra las losas.

Sobre el palacio, en el cielo nocturno, un cometa augural tiende su cauda.

MOCTEZUMA II, SEÑOR DEL ANAHUAC

EPILOGO. EL HUMO AL AMANECER
[Fragmento]

Toda esa noche ardió en la pira el cuerpo de Moctezuma —rama enjuta que se torcía, como si aún sufriese al arder: rama de un árbol altivo que los dioses derribaron con una serpiente de fuego—; toda la noche estuvo crepitando la hoguera. El leal mayordomo la alimentaba con leños y cortezas que recogía del suelo; las llamaradas crecían a veces tanto, que alcanzaban las ramas de los árboles y mustiaban sus hojas. Apanécatl, erguido, seguía con la mirada el camino de las llamas ondulantes y de las chispas que se extinguían persiguiéndose —luciérnagas de corto brillo.

Así pasó la noche; a ratos oraba y sacudía sobre la hoguera verdes ramas, que había sumergido en el agua de una vasija como era costumbre en las exequias reales. Cercana la aurora, los restos de Moctezuma acabaron de consumirse; pero la hoguera siguió ardiendo aún, hasta que sólo quedaron las brasas —topacios vivos—: últimas piedras preciosas que el señor del Anáhuac tendría como adorno.

Al palidecer las brasas, tenue humo se mecía en el aire sereno; pasó por entre las hojas de los árboles y ascendió hacia lo alto.

Estaba próxima la alborada. Antes de dirigirse a su canoa, el mayordomo alzó la vista, y por entre las ramas contempló el cielo violáceo. En espera de que se apagara el rescoldo, bajo los calcinados huesos de Moctezuma —que reuniría después—, el mayordomo se alejó hacia donde la canoa recortaba su aguda silueta sobre el lago, que el día iba invadiendo. Desde la orilla volvió la cabeza: al seguir su mirada el humo ascendente, más allá de donde se desvanecía con la luz en aumento, vio brillar una estrella, y pensó en Quetzalcóatl.

Aquel hombre —como el arroyo que al correr por el sombrío cauce recoge una mínima porción de los astros— percibió entonces el sentido oculto de la profecía: inadvertido para los sabios astrólogos, había escapado también a las meditaciones de su señor, cuando éste pretendió inútilmente interpretarla. Moctezuma se había extinguido; sólo quedaba, de lo que fue su carne, leve ceniza que el frío viento matinal dispersaría por la tierra y las aguas.

Por encima de las aguas y la tierra; por encima de los hombres de bronceada piel que luchaban contra los blancos intrusos y lucharían hasta morir; por encima de los hombres que vinieran después, Quetzalcóatl seguiría abriendo su corazón, flor de luz, en la alborada, al reaparecer tras la ausencia.

Quetzalcóatl, heraldo del sol que siempre retorna, ha de prevalecer, como la esperanza —renovada constantemente— de la tierra al salir de las sombras.

CUADERNO DE ESTAMPAS

EL VENADO

Muy de mañana, por el bosque de Chapultepec, va de cacería en ligero caballo don Antonio de Mendoza, el señor Virrey, que al salvar los arroyuelos, elude las ramas y evita las piedras.

Ha cazado liebres, conejos, torcaces, y ahora corre en pos de un venado que alcanzó a distinguir entre dos enormes troncos de ahuehetes.

Llegan de la lejanía, por detrás del cerro, las voces de los indios que levantan la pieza. El señor Virrey acicatea su corcel de caza, y corre, corre —hacia atrás la boina—, pegada a la gorguera, por el viento, la barba oscura.

Adelante va fugaz el venado, sobre hojas amarillas y flores silvestres, como en un vuelo, y atrás quedó el Alcalde Mayor del bosque; sentado en el césped se frota las rodillas, junto a su cabalgadura que bebe en la alberca.

El señor Virrey corre y corre, solo, detrás del venado: evita las piedras y elude las ramas, al saltar los arroyuelos. ¡Ya lo tiene, en un rincón sin salida, entre elevadas peñas!

Corre, corre, y al llegar el jinete, el venado se esfuma en la niebla matutina. Don Antonio de Mendoza descabalgua sobre raíces rampantes y ve el relieve de un señor indígena, esculpido en la peña.

En la cumbre del cerro, donde antes hubo un templo idólatra, la campana está llamando a misa.

DE UN HIDALGO

Para ella hice levantar una mansión de cantera labrada, con la imagen de su santo patrono, San Juan, en la cimera hornacina.

Para ella ordené que cubriesen el piso de los aposentos con suaves alfombras, y en los muros mandé poner espejos venecianos en los que al pasar pudiera contemplarse.

Para ella torneó finamente un ebanista las columnas salomónicas del lecho, y sabias manos de mujer bordaron sus cortinas de seda azul, con alamares de seda blanca.

Para ella busqué por el reino arcas de rico tallado, y las llené de sayas y basquiñas y puños de encaje tramado con hilo de oro.

Para ella compré joyas raras; las más raras joyas que vi en la calle de la Platería.

Pudo cubrir su cuello con las sartas de perlas que reuní para ella; pudo llenar sus dedos de sortijas y cintillos, de oro y brillantes, y sus brazos de cinceladas ajorcas.

Aún esperaba embellecer la mansión, con tesoros de porcelana y marfil, traídos por la nao de China.

Mas ella prefirió acariciar entre sus dedos las sombrías cuentas de un rosario, en vez de las sartas de perlas que yo le ofrecía; cubrió su cuerpo con el hábito burdo, en lugar de ceñirse las ropas de seda y brocado: quiso vivir entre las paredes ásperas y las frías losas de una celda monjil, pues desdeñó los espejos y las alfombras de mi casa.

Entró para siempre en un convento, ella, Sor Juana Inés de la Cruz, a quien por mi desdicha no supe convencer para que fuese mi esposa.

IMPRESO EN MEXICO.  IMPRENTA MADERO, S. A.